

esas circunstancias que han arrancado el consentimiento de la piadosa reina. ¿Por qué no se las ha explicado al embajador frances? En las numerosas conversaciones que tuvo con él sobre este asunto, nunca se habla más que de la aflicción de la corte de Viena. La única razón política que hemos encontrado es que, no pudiendo impedir el reparto, el Austria se veía obligada por la fuerza de los acontecimientos á conformarse, *para conservar al ménos el equilibrio europeo*. En verdad que esto parece un chiste de mal género. ¡El Austria se sacrifica por la Europa! ¡Y este sacrificio se manifiesta en un aumento de territorio! ¡Su abnegación no conocía límites! ¡Para mantener el deseado equilibrio, la corte de Viena se resigna hasta á desmembrar la Turquía! ¿No era cosa de decirle que el mejor medio de sacrificarse por el equilibrio europeo era unirse con la Turquía y con la Francia por salvar la Polonia? Esto hubiera permitido al mismo tiempo mostrar su reconocimiento hácia la república que en otro tiempo había salvado al Austria.

La emperatriz nos dirá los esfuerzos heroicos que hizo para salvar á la Polonia: «Después de muchas reflexiones, dice á M. de Breteuil, no encontrando ningún medio de oponerme yo sola á la Rusia y á la Prusia, creí que formulando por mi parte pretensiones exorbitantes, me las negarian y se rompería la negociación; pero mi sorpresa y mi dolor fueron grandes al recibir, en respuesta á mis exigencias, el consentimiento completo del rey de Prusia y de la zarina. Nunca he experimentado mayor aflicción.» Parécenos que el diplomático frances, obligado á escuchar sin reírse estas jeremiadas, era tan digno de compasión como la emperatriz. Si un embajador pudiera decir lo que piensa, el barón de Breteuil hubiera dicho á María Teresa que era una manera muy extraña de evitar el reparto pedir la tercera parte de la Polonia, más el desmembramiento de la Turquía, y que más sencillo hubiera sido entrar en tratos con los Borbones de Francia y de España. La historia tiene el derecho de dirigir otra censura á la piadosa emperatriz: María Teresa no dice toda la verdad. Sabemos que sus peticiones, léjos de ser bien acogidas en Berlín y en San Petersburgo, merecieron la calificación de monstruosas. Tuvo que hacer rebaja de sus pretensiones y con-

tentarse con lo que le asignaron sus cómplices. De suerte que eran puras patrañas lo que la emperatriz contaba al embajador de Francia.

Después de haberse justificado á sí misma, María Teresa quiso también justificar al príncipe de Kaunitz: «Debo, dice, hacerle la justicia de que estaba tan afligido como yo; siempre se ha opuesto con todas sus fuerzas á este cruel arreglo. Debo confesáros también, dice á M. de Breteuil, que la conducta de M. de Kaunitz en todo este asunto ha aumentado mi aprecio hácia este ministro, porque después de haberse resistido en cuanto ha dependido de él, y conociendo el descrédito que este asunto acarrea á su ministerio, no ha dejado traslucir nada de su pena, y ha dejado que la opinión pública le impute lo que más había desaprobado y combatido.» Esto ya es demasiado. La emperatriz, en su extremado celo, olvidaba que lo que prueba demasiado no prueba nada. Olvidaba que ella misma había escrito á su ministro que nadie participaba de su opinión; por consiguiente, el príncipe de Kaunitz debía ser favorable al reparto; figuraba entre aquellos *hombres eminentes* cuya opinión pudo más que las pretendidas repugnancias de María Teresa. Luego lo que la emperatriz decía no era verdad. ¿Qué pensó de esta comedia el embajador frances? «He escuchado, dice, todo este detalle de penas sensibles de la emperatriz y de su ministro en el más perfecto silencio, y no lo he interrumpido más que con algunas palabras parásitas exigidas por la cortesía y el respeto.» ¡Es ciertamente una de las escenas más deliciosas de la diplomacia la tierna simpatía de María Teresa hácia los disgustos de aquel pobre príncipe de Kaunitz! Sin embargo, es tal en las cortes la costumbre de la mentira, que aquel viejo zorro se atrevió á repetir en persona al barón de Breteuil lo que la emperatriz había dicho de su gran dolor: «El ministro austriaco, dice el embajador frances, sin llegar á nombrar la Polonia, me ha llevado y paseado, á través de cincuenta frases y tortuosos caminos, por todas las fases de su dolor respecto del concierto de las tres potencias para el reparto de la Polonia. Le he dejado hablar cuanto ha querido.» ¿A quién, pues, quería engañar? ¡A ménos que creyese que á fuerza de repetir una mentira iba á ser creída como si fuese verdad!

Nuestra apreciación de la parte que María Teresa ha tomado en el crimen del reparto podrá parecer demasiado severa. Creemos de buena fe que la emperatriz ha tenido escrúpulos y remordimientos. Hay algunas explosiones de dolor que la hipocresía no alcanzaría á explicar, si no hubiera un sentimiento verdadero. Un día dijo al ministro de Suecia: «El asunto de Polonia me desespera.» Habiendo respondido el ministro que los soberanos no debían cuenta más que á Dios, María Teresa se levantó precipitadamente y exclamó: «Pues á él es á quien temo.» Pero ¡hay en el catolicismo tantos medios de entenderse con el cielo! La emperatriz se consoló, dice un escritor contemporáneo, pensando que los polacos, católicos fervientes, estarían mejor bajo el régimen de una potencia católica que si hubieran caído bajo el yugo de un rey hereje ó de una emperatriz cismática (1). Por nuestra parte, preferimos la incredulidad de Federico á una fe que sólo sirve para encubrir el crimen.

#### § IV.—Las potencias occidentales.

Hay espíritus descontentadizos ó cegados por la preocupación que niegan el progreso de los sentimientos morales, y que dirían, como Horacio, que nosotros somos peores que nuestros padres, y que nuestros descendientes han de valer menos que nosotros. La historia desmiente en todas sus páginas tan falso concepto; demuestra que nuestra moralidad va mejorando lo mismo que nuestras ideas, que el hombre se perfecciona por completo y no en tal ó cual de sus facultades. No conocemos prueba más patente de esta consoladora verdad que el crimen cometido respecto de Polonia. En el siglo XVIII pasó casi desapercibido; en el siglo XIX subleva la conciencia general. Como el atentado estaba en armonía con la política dominante del poder real, fué posible y se llevó á cabo sin más resistencia que la de los heroicos Polacos. Hoy puede afirmarse que este crimen sería imposible; ni siquiera los reyes

(1) DOHM, *Denkwürdigkeiten*, t. I, p. 438.

concebirían semejante idea, ó, si acaso se les ocurriera tal veleidad, retrocederían ante la reprobación de la opinión pública, que hoy tienen en cuenta y temen los más poderosos.

En el siglo pasado los pueblos no tenían aún voz en los negocios políticos; los reyes solos ocupaban la escena. ¿Qué dijeron los reyes del golpe de mano de las potencias del Norte? Federico II nos dice que tuvieron envidia (1). Ni uno solo pensó ni siquiera en hacer una de esas protestas que nada cuestan á la diplomacia, y que, por muy vanas que parezcan, dejan al menos á salvo el porvenir, sosteniendo el derecho ante el hecho que lo viola. Y mucho menos aún se pensó en ninguna tentativa para impedir el crimen. Nada más natural que los sentimientos que Federico atribuye á la Europa monárquica. No había príncipe en el siglo XVIII que no hubiese tomado parte en algún proyecto de reparto; ¿cómo habrían de desaprobarnos los reyes lo que ellos á su vez hubiesen hecho, si la ocasión les hubiese sido favorable? La única doctrina política que profesaban era la del equilibrio. Y las tres potencias del Norte invocaban el equilibrio para justificar el reparto. El equilibrio no ha sido nunca más que un pretexto ó un arma de guerra. Las potencias occidentales hubieran necesitado el sentimiento del derecho de que carecían, para pensar en protestar contra el reparto de la Polonia.

En el siglo XIX esta indiferencia general se ha convertido en motivo de graves acusaciones contra las dos potencias que hubieran debido salir á la defensa de una nación hollada por la fuerza. Unos acusan á Francia, otros á Inglaterra, y hay quien dice que ambas potencias fueron igualmente culpables. Detengámonos un momento en estas recriminaciones; no solamente sirven para esclarecer los hechos, sino que revelan un progreso en el sentimiento de la justicia que consignamos con gusto para consolarnos de los abusos de la fuerza que manchan la historia del poder real. Escuchemos primeramente á un hombre político, que parece extraño entre los defensores de la Polonia. En un informe de Talleyrand al emperador, de 28 de Enero de 1807, se lee: «De todas las faltas del antiguo gobierno de Francia la más imperdonable,

(1) FEDERICO II, *De lo que ha sucedido desde 1774*. (Obras, t. VI, p. 113.)